

nientos españoles y veinte mil amigos, y con todo eso nos vimos con grandes trabajos para ganarle y sujetarle; pero ahora que somos tan pocos para tanto incendio y para volver á ganar la tierra y resistir enemigos tan malos y diestros en las armas, con tan pocas fuerzas, y que los más amigos y que teníamos más por nuestros, se han vuelto enemigos, y que lo de Culiacán, Compostela y Purificación está todo alzado; sacar á un hombre de ellas, será perderlo todo; pues ya vuestas mercedes ven lo que pasa en esta provincia y villa, y que de los que aquí había nos han muerto la mitad, y cada día esperamos á los enemigos. No hay otro remedio sino el de Dios, que este no faltará, pues lo que hacemos es en servicio suyo y en plantar su santo Evangelio. A mí me parece se dé noticia al señor virrey D. Antonio de Mendoza de lo que pasa, y que le pidamos envíe socorro, porque si esto no se hace, moriremos á manos de nuestros enemigos y seremos aquí acabados. Este es mi parecer; vuestas mercedes vean si conviene hacerse ó no, porque lo que determinaren se hará." Y habiéndolo oído todos, respondieron que pues su merced en todo era tan acertado, no tenían ellos que decir, sino que les parecía se hiciese como lo ordenaba, que lo propio decían, y que este era su parecer. Y luego dijo el gobernador, que pues estaban allí todos congregados, se escojiese uno que fuese á México á pedir socorro al señor virrey y á informarle y darle razón de los casos referidos.

Dicho esto, se miraron unos á otros, no sabiendo á quien señalar y dijeron todos juntos: "Vuestra señoría señale á quien fuere servido, que al que señalare irá, y provease luego con brevedad, que es lo que más conviene," á qué respondió el gobernador: "Paréceme que vaya el capitán Diego Vásquez, pues se halló en la derrota y pérdida del Mixton, pues es persona de tanto crédito y valor, y que lleve consigo dos soldados buenos que le hagan escolta y guarda en su persona." Y habiendo visto el que había nombrado, se alegraron todos, porque el Diego Vásquez era persona de mucha autoridad y peso, bien hablado, y cabía bien en él fuese á tal embajada.

Era el capitán Diego Vásquez, hermano de Fr. Dionisio

Vásquez, fraile agustino, predicador del emperador Carlos V y del Papa Clemente VII, natural de Guadalajara, en el reino de Toledo; y así que fué señalado para ir con la embajada, se le mandó se apercibiese para el viaje y á los compañeros que habían de ir con él, y el gobernador escribió al virrey largo, dándole noticia de todo lo sucedido en la tierra, pidiéndole socorro.

Partió Diego Vásquez para México, y el gobernador mandó que de noche y de día se velase la ciudad, poniendo guardas, y que tuviesen las armas aprestadas, porque según los enemigos andaban victoriosos, los tendrían presto en la ciudad, y habiendo ordenado esto, mandó llamar á los correos de las demás villas y ciudad de Compostela, y los despachó con cartas en que decía á los capitanes de ellas los trabajos en que estaban y cómo enviaba á pedir socorro al Virrey, que se encomendasen á Dios y defendiesen lo que tenían á su cargo, é hiciesen como valientes capitanes, que Dios sería en su ayuda; y habiéndolos despachado, puso por obra el que hubiese vela de noche por sus cuarteles y también de día, y que todos estuviesen con gran recato y cuidado, porque en las cosas de guerra era el gobernador muy extremado y cuidadoso, y velaba sus cuartos cuando le cabían como cualquier otro soldado, y esto fué lo que le valió para no perecer él y toda la gente de la ciudad.

CAPITULO CVII.

En que se trata cómo llegó nueva á la ciudad de Guadalajara de que el adelantado D. Pedro de Alvarado, había llegado al puerto de la Navidad con su armada para ir á la China, y el gobernador y regimiento de Guadalajara le escribieron pidiéndole socorro.

Año de
1547.

En este tiempo el adelantado D. Pedro de Alvarado, conforme á lo que había capitulado con S. M. en España, hizo una

armada de navíos en el Realejo, puerto en tierra de Guatemala y mar del Sur, en la cual llevaba como trescientos españoles, valientes soldados, y iba á descubrir tierras nuevas, como la China y California que había dejado el marqués, y viniendo caminando por la mar, quiso tomar agua y refresco en el puerto de la Navidad, y llegado á él, tuvo nuevas por el capitán Juan Fernandez de Híjar, á cuyo cargo estaba la villa de la Purificación, cómo todo el reino estaba alzado y en puntos de perderse, y de la pérdida de la gente de la ciudad de Guadalajara en el Mixton, por cartas que le habían venido por unos mensajeros que había enviado al gobernador Cristóbal de Oñate, y que era imposible el socorrerse unos á otros en todo el reino, por ser pocos, y no tenían otro remedio que el de Dios y el de su señoría que en tal tiempo le había enviado á aquella tierra, y que le pedía y suplicaba en nombre de Nuestro Señor y del emperador D. Carlos, acudiese á su socorro.

Esta nueva siendo oída por el adelantado D. Pedro de Alvarado, lastimóle mucho ver el trabajo en que estaban, y tuvo á buena suerte el llegar en tal ocasión para remediar tanto mal, porque se entendió se alzaría toda la Nueva España.

Luego mandó desembarcar toda la gente, y habiendo desembarcado, dijo á los capitanes y soldados de su campo: "Señores: negocio es grave el que se nos ofrece; aquí se nos pide socorro, porque toda la Galicia está alzada y se temía el alzamiento de toda la Nueva España, y que si él con sus soldados, no los socorría, no tenían de donde les pudiese ir socorro; que dónde se podían emplear mejor que en aquella ocasión, y que en estando asentada la tierra, volverían á su jornada."

A todos les pareció bien, y dijeron se hiciese lo que mandaba. En esta ocasión, sabiendo el virrey D. Antonio de Mendoza, que el capitán y adelantado D. Pedro de Alvarado estaba con su armada en el puerto de la Navidad, para ir á descubrir las islas de la Especería por la punta de Ballenas, que hoy llaman de California, como había concertado con S. M. cuando estuvo en España, le envió á llamar para concertarse con él, el cual dejando su armada en el dicho puerto, fué y ha-

biéndose concertado con el virrey para ir á Tzíbola por la parte del mar del Sur, sin el respeto debido á Cortés, á quien tanto debía, de que dió mucho qué decir, cuando volvió de México, para ir á ver su armada, yendo por la provincia de Mechoacán, como tuvo relación del mucho aprieto en que los indios tenían al reino de la Galicia, y en particular la ciudad de Guadalajara, porque había ido y vuelto con ese cuidado, por la relación que le hizo el capitán Juan Fernandez de Híjar, que lo era de la villa de la Purificación, y aunque entonces determinó salir luego con sus soldados, para el socorro, se lo impidió la carta que recibió del virrey. Se arrió á la provincia de Avalos con este cuidado, y habiendo llegado al pueblo de Tzapotlán, hizo alto con intento de pasar en él las aguas, que era por el mes de agosto, y estando en este puesto, tuvo aviso del capitán Cristóbal de Oñate, gobernador de la Galicia, y de los alcaldes y regidores de la ciudad de Guadalajara, en que le daban cuenta del aprieto en que estaban, por haber tenido nueva que estaba en Tzapotlán, y para esto y darle el parabién de su buena llegada, mandó llamar á Juan de Villarreal, vecino de la ciudad y hombre práctico, y le mandó se aprestase con sus armas y caballo y fuese al pueblo de Tzapotlán, á donde estaba Don Pedro de Alvarado, y le diese unas cartas y besase las manos de su parte, disculpándole de no ir él en persona á hacerlo, por estar tan ocupado en la guerra.

Llegó á Tzapotlán Villarreal, donde halló al adelantado D. Pedro de Alvarado muy bien armado, con su lanza en la mano y en un caballo muy hermoso. Alzó la visera y estribando con la lanza en el suelo, parado en los estribos, dijo: "Señor adelantado, vuestra señoría tome estas cartas, que son del capitán y gobernador Cristóbal de Oñate, y vienen escritas con sangre y lágrimas de afligidos y muertos; de parte suya y de S. M. y de Dios primeramente, requiero á V. S. dé socorro á aqueste reino y aquella ciudad, porque si V. S. no lo socorre con brevedad, se perderá todo;" á que respondió el adelantado tomando las cartas: "Harélo yo, hidalgo, de mil amores, que á eso vengo; idos á descansar." Mandó luego le diesen reca-

do para su persona y caballo, y tomó las cartas y leyóselas á todos, las cuales decían el aprieto en que estaban los vecinos de la ciudad de Guadalajara, y que pues era tan gran servidor de S. M., que en esta ocasión lo había de demostrar más, y que le suplicaban por amor de Dios, con toda brevedad les fuese á socorrer con su persona y soldados, caballos y arcabuceros, porque estaban cercados en parte; que si no fuesen socorridos, no se podrían defender de infinidad de indios guerreros que estaban en unas fortalezas y peñoles que se dicen el "Mixton," los cuales habían muerto muchos españoles de los que tenían en su compañía, y temían no les acabasen de desbaratar, significando en la carta muchos trabajos y lástimas; y decían más, que de salir los indios victoriosos, quedaría en gran riesgo la Nueva España.

Habiendo leído la carta el adelantado, dijo: "Negocio es grave. Conviene se acuda á él con las veras que tal caso requiere;" y llamando á Villarreal, le dijo: "Tomad estas cartas, caballero, y dádselas al señor gobernador, y decidle á S. S. que le beso las manos, que no tenga temor de cosa alguna, que yo voy á servirle y ayudarle con mi persona y hacienda, y que primero me faltará la vida, que yo le falte, y en especial en tal ocasión, y que esta causa es mía y á eso he venido yo y todos estos señores soldados (á los cuales tenía ya allí con prevención, dejando cincuenta en guarda de la armada). Andad con Dios, que así se lo escribo, y yo seré allá tan presto como vos." Luego al punto nombró un capitán con cincuenta soldados para el pueblo de Autlán, para que de allí acudiesen al socorro de la villa de La Purificación y diesen favor al capitán Juan Fernandez de Híjar. En Tzapotlán puso otro capitán con otros cincuenta hombres para que acudiesen al socorro, si fuese menester, de los vecinos de Colima y provincia de Avalos, que era vecina á la Galicia. Fué luego á Etzatlán y puso otro capitán con otros veinticinco españoles, y en la laguna de Chapalac, siete leguas del valle de Tonalán, puso otro capitán con otros veinticinco, y habiendo puesto todas estas fronteras, se quedó con solo cien soldados escogidos y los más de á caba-

llo, ballesteros y arcabuceros, y al capitán Diego López de Zúñiga, que es á quien envió á Etzatlán, encomendó acudiese á la defensa de Tequila, por estar aquella gente de mala data, y dejando dispuesto lo necesario para cualquier acaecimiento, partió para la ciudad de Guadalajara, que estaba de la otra banda del río Grande, en el puesto de Tlacotlán, y habiendo llegado al río, le acudieron los caciques de Tonalán y Tlaxomulco.

CAPITULO CVIII.

En que se trata de la mucha importancia que fué el P. Fr. Antonio de Segovia en estos tiempos, y de lo que decretó el regimiento de la ciudad de Guadalajara, acerca de hacer los indios esclavos.

Año de
1541.

El santo P. Fr. Antonio de Segovia había trabajado mucho en quietar á los indios, que siempre anduvieron alborotados y con las armas en las manos, ocasionado de haber habido algunos españoles cruellísimos para ellos, con que todas las veces que se ofrecía y podía, hacían lance en ellos; pero lo que más le dió en qué entender á este divino serafín y sus compañeros, fué el quitarles tener muchas mujeres (vicio en que los tenía cogidos el demonio, para que como puerta de los demás, viviesen ciegos en su culto y adoración), porque aunque algunos estaban bautizados, los pocos sacerdotes que había, no podían acudir á tantas cosas juntas como concurrían en la conversión de estas gentes, discurrendo por tantos pueblos y provincias, y más á enfermedad tan dificultosa de curar, por estar arraigada en ella la fragilidad sensual, á que se añadía la fuerza del amor de los hijos que tenían en cada una de ellas (plaga que comprendió todas las Indias occidentales), y por las

dificultades que se ofrecieron cuando se les predicó la fé santa, fué imposible remediarla luego. Fueron mitigando y disimulando estos angélicos predicadores, la reforma de las mujeres, guardándose para mejor ocasión, si bien multitud de ellos las dejaron y eligieron una conforme á los sagrados cánones y determinación de la iglesia católica, la cual había de ser única y legítima, según que se lo enseñaban y advertían, como maestros que eran suyos en las cosas de la fé.

Parecióles á estos heroicos padres que era ya tiempo de arrancar este abuso y pecado, y así con valor lo pusieron en ejecución, comenzando por las provincias cocas, que comprenden las de Cuitzeo, el río de Poncitlán, Tonalán, Tlaxomulco, Caxititlán y las de los tecuexes de Tonalán y Tzalatitlán, Ocotlán, Atemaxac, Ichcatlán, Tlacotlán, Matzatlán, Xalostotitlán, Temacapulín, Mitic y Cuacuala, los tochos ó caxcanes, Teocaltech, Noxtlan, Tlaltenango, Xuchipila, Tuix ó Teul y Cuixpalan, arrimados á esta nación, los cuales estaban en las barrancas de Epatlán, Tepeaca y Tzotzocola.

En breve tiempo los redujeron y sujetaron á la legitimación del verdadero matrimonio, y reducidos ya, el demonio hizo de las suyas para volverlos á sus abominaciones. Así el año de 1541, se conspiraron contra la nación española, persuadidos de aquella superstición flaca y sin fundamento que queda referida y sucedió en Guaynamota después de la muerte del encomendero Juan de Arce, con que se persuadieron á tomar las armas y á alzarse, y dentro de tres días se pusieron en campaña y dieron la voz de su determinación á los valles de Tlaltenango, Tepec y Nochistlán, y todos juntos se apeñolaron con otros muchos que conspiraron en los cués y albarradas de Nochistlán, y en la serranía de Xuchipila, causando gran ruina, porque quitaron la vida á muchos españoles y indios cristianos, por los fines del año de 1540 y principios del de 41.

Y en este tiempo, en el interín que los disturbios y fuegos estaban en pié y la guerra en su fuerza, el P. Fr. Antonio de Segovia, como verdadero padre, cual Marta, solicitaba las voluntades de los tonaltecos y tlaximultecos á que perseverasen

en la amistad de los españoles y no apostatasen de la fé, no perdiendo punto este varón apostólico en escudriñar los intentos ponzoñosos de los indios, halagándolos y acariciándolos con amonestaciones amorosas, pidiendo á Dios con efecto, en la oración, fuese servido de domeñar la fuerza de aquellos bárbaros, el cual oyó sus ruegos, porque las provincias de Poncitlán, Cuitzeo, Tonalán, Tlaxomulco, Ocotlán, Atemaxac y Tepectitlán, estuvieron quietas y sujetas á la voluntad de este bendito padre, á quien estimaban en mucho, y si no fuera por él, padecieran muchos más trabajos los españoles, ó no quedara ninguno, porque fué causa de que no fuese la guerra y alzamiento tan dilatado y sangriento, y mientras se pacificaron los indios, anduvo este ángel divino predicándoles para que no apostatasen la fé.

Este año, en doce días del mes de agosto, en la ciudad de Guadalajara, estando juntos en cabildo Alonso de Castañeda, alcalde; y Juan del Camino y Ramiro de Guzmán y Juan Sánchez de Belmonte, regidores, trataron de cierta provisión que, por mandado de Cristóbal de Oñate, teniente de gobernador y capitán general por Francisco Vázquez Coronado, se había pregonado, en razón de que sean esclavos los indios rebelados solamente los varones de catorce años arriba, emanada de la Real Audiencia de México, y dijeron con parecer de todos los vecinos, que se suplique de la dicha provisión, y que se haga un pedimento al señor gobernador para que reciba información de los agravios que de la dicha provisión se reciben y de las causas que hay para que S. M. mande lo que se ha de hacer en razón de tantas maldades como los dichos indios rebelados hacen y cometen, así ellos como sus mujeres y hijos y todos los demás que los favorecen y ayudan, y de todo lo demás que parece que conviene que S. M. sepa para que sean castigados, y lo firmaron de sus nombres.—*Alonso de Castañeda.*—*Juan del Camino.*—*Ramiro de Guzmán.*—*Juan Sánchez.*—Pasó ante mí —*Baltasar de Montoya,* escribano.

CAPITULO CIX.

En que se trata de lo que hizo el gobernador Cristóbal de Oñate después que despachó á México á pedir socorro al virrey D. Antonio de Mendoza, y á Tzapotlán al adelantado D. Pedro de Alvarado.

Año de 1541. Luego que el gobernador Cristóbal de Oñate despachó á pedir los socorros que quedan referidos, mandó llamar al capitán Miguel de Ibarra para que con ciertos soldados fuese á ver y visitar el valle de Teocaltech y Nochistlán, y á todos aquellos pueblos, como encomendero que era de ellos, y hallólos todos alzados y despoblados, y tan soberbios, que se admiró, y envió á decir á los caciques que le diesen de comer, á que respondieron que lo trajesen de Castilla, de sus tierras, porque ellos no sembraban para unos perros barbudos, y que se volviesen á España, porque aquella tierra era suya y de sus antepasados, y que si no querían irse, sino comer, fuesen á Nochistlán, que allí se lo darían. El capitán Miguel de Ibarra les volvió á enviar á decir que más quería que fuesen amigos, que comer; que se dejasen de guerra, porque él no los quería matar ni guerrear, sino tenerlos por hijos y hermanos, porque si quisiera acabarlos, en su mano estaba, que aunque eran pocos, bastaban para ellos. Además, que en México había muchos españoles sus parientes, que si quisieran los enviaran á llamar y los acabarían, pero que tenían atención á que eran cristianos, y su venida no era sino para que conociesen á Dios y fuesen sus amigos; y así se lo tenía mandado el emperador y rey de España, y que el no consumirlos, era temiendo á Dios, que les castigaría por ello; que les rogaba dejasen las armas.

A estas razones respondieron con grande risa: "Si tan valientes sois, ¿cómo os fué en el Mixton con los de Xuchipila, que huisteis como mujeres? ¿Dónde están esos vuestros pa-

rientes mexicanos? ¿Cómo no vienen á vengaros? Dejaos de eso y idos, que presto iremos á vuestro pueblo y os acabaremos, y traeremos á vuestros hijos y mujeres, y nos amancebaremos con ellas. Andad, gallinas, cobardes." Vista esta respuesta por el capitán Miguel de Ibarra, determinó dejarlos, y al tiempo de partirse les dijo: "Quedaos, hijos, que algún día lo llorareis." Y á la despedida dieron á los españoles una rociada de flechería, diciendo: "Tomad comida." Esto pasó en Teocaltech.

Y habiendo salido de allí, fué el capitán Miguel de Ibarra al pueblo de Nochistlán, (cuatro leguas de distancia), que era mejor gente, y en todos aquellos pueblos del derredor, no hallaron persona alguna, sino todo despoblado. Llegados al pueblo de Nochistlán, que entonces estaba poblado en el Peñol, al tiempo que subía á lo alto para entrar en él, halló siete albarradas reforzadas, de más de á dos brazas de ancho y un estado de alto (no teniendo antes, sino una albarrada por cerca, que todo lo demás eran rocas tajadas y inexpugnables), y más de diez mil hombres de guerra muy emplumados á su usanza. Entonces llamó á grandes voces á los caciques, que el uno se llamaba D. Francisco, y era caxcán de nación; el otro se llamaba D. Diego, y era tzacateco. El D. Francisco llegó á hablar al Miguel de Ibarra, y le dijo: "Señor, ¿á qué vienes? ¿quieres que te maten estos á tí y á esos soldados, como hicieron los de Xuchipila? Yo muy llano estoy á servirte, y porque soy amigo de los españoles me han querido matar mi gente y vasallos y me tienen por sospechoso. Quien anda en esto, es D. Diego, el cacique tzacateco; crédmelo, y que si me nuestro contrario á vosotros, es por cumplir con ellos y porque no me maten." Entonces Miguel de Ibarra les dijo: "Pues llamadme á D. Diego, que quiero verle y hablarle," y habiéndole llamado D. Francisco, le dijo Miguel de Ibarra: "Don Diego, ¿para qué andais en estas revueltas? dejaos de ellas y vivid en paz, pues no os han hecho agravio los españoles para que tan enemigos os mostreis de ellos." El indio respondió: "Sois unos perros bellacos, y más lo es D. Francisco, que me llamó aquí. Andad, idos,

porque aquí os haremos pedazos," y entonces dió voces á todo el pueblo y salió con mucha gritería toda la gente, disparando infinitas flechas.

Visto por Miguel de Ibarra, se fué retirando á media rienda con los pocos soldados que llevaba, hasta que se vió libre de ellos, y se volvió á la ciudad y contó al gobernador lo que pasaba, y habiéndolo oído, le dijo el gobernador lo bien que había hecho en retirarse, que era menester más gente para castigarlos, y que presto habría remedio, porque Juan de Villarreal había vuelto con nuevas que D. Pedro de Alvarado venía y que traía cien soldados, y que estaba entendido estaba ya en el valle de Tonalán y lo esperaba por horas; que Dios había de remediarlo, que estuviesen apercebidos, así para los enemigos como para recibir al adelantado.

CAPITULO CX.

En que se prosigue el alzamiento y conspiración de los indios, y se trata de la muerte y glorioso martirio del P. Fr. Juan Calero, por otro nombre del Espíritu Santo ó Esperanza, religioso lego.

Año de
1547.

También tocaron las llamas del alzamiento referido, á los indios de Tequila y los de Ameca, que eran de una lengua, y á ejemplo de los otros, se alzaron y quemaron las iglesias; y en este tiempo había ido á México Fr. Antonio de Cuéllar, guardián del convento de Etzatlán, el cual había ido trabajando mucho en predicar y doctrinar, bautizar y enseñar y traer á nuestra santa fé, los indios de aquellas provincias, teniendo en su compañía al P. Fr. Juan del Espíritu Santo, ó Calero. En espacio de año y medio y con la gracia del Señor trajo muchos pueblos á la obediencia de la iglesia y confesión de la fé, y recogió

muchos indios que estaban desparramados por los montes y quebradas, fundando pueblos al modo de los españoles; y cuando fué á México al capítulo que se celebró, dejó en su lugar á otro sacerdote por vicario ó presidente del convento, y en su compañía al padre.....

.....(1) trabajo de la conversión de los infieles en compañía del santo martir Fr. Francisco Lorenzo, á quien acompañó mucho tiempo, como adelante se verá.

CAPITULO CXII.

En que se trata cómo habiendo tenido noticia el cacique D. Francisco Pantecatl de la conspiración general de la tierra, volvió á salir de los montes, y de lo que hizo en favor de los españoles.

Año de
1547.

Ya queda dicho atrás de los muchos agravios que el cacique de Tzapotzínco, D. Francisco Pantecatl, recibió de Nuño de Guzmán siendo bueno y amigo de los españoles, y de cómo se huyó de Tepic y se fué á los montes por verse libre de las tiranías que con él usaron, donde estuvo hasta que supo que Nuño de Guzmán se había ido de una vez para no volver, y entonces bajó á vivir entre sus vasallos con los cuales se regocijó mucho, y habiendo sabido los españoles que estaban en Compostela en Tepic, enviaron dos, de los cuales el uno se llamaba Navarro, y le cogieron y llevaron á Tepic, á donde habiéndole visto los españoles, se alegraron todos mucho y consolaron dándole buenos consejos, diciéndole que tuviese buen ánimo y que no imaginase que le habían de hacer mal alguno, porque le

(1) Aquí hay un claro de dos fojas.